

**LOS ORÍGENES DEL RITUAL EN LA
IGLESIA
Y EN LA MASONERÍA**

Traducción de Salvador Valera

Ni Infieles ni Ateos
El Símbolo de la Virgen María
Origen de la palabra “Dios”
Las Verdades de la Religión de la Sabiduría
El Símbolo del G.A.D.U.
Los Altares y las Piedras Cuadradas
Del Mito Solar
Los Grandes Misterios
Decadencia de los Misterios
Significado del Descenso a los Infiernos
El Cristianismo se deriva de la Masonería
La Representación de Baco y de Ceres
Las Letanías de la Virgen María
Los Constructores del Templo Superior

CAPÍTULO I

NI INFIELES NI ATEOS

Los teósofos han sido acusados de infieles y hasta de ateos frecuente e injustamente, con lo cual se ha incurrido en un grave error, especialmente en lo que se refiere a esta última acusación, porque poco lugar le queda al ateísmo en una Sociedad importante formada por miembros pertenecientes a tantas razas y nacionalidades diferentes; en una asociación en que se deja a cada cual en libertad de creer en lo que uno prefiera y de seguir o no la religión en la que uno ha sido educado y en la que ha nacido. En cuanto a la acusación de “infiel” no es más que un contrasentido y una fantasía cuyo *absurdo* se puede demostrar fácilmente pidiendo a quienes nos difaman que nos muestren una persona del mundo civilizado que no sea considerada como “infiel” por personas pertenecientes a una creencia diferente a la suya. Esto lo encontraréis tanto si frecuentáis los círculos altamente respetables y ortodoxos, como si os ponéis en contacto con la sociedad de los que se llaman a sí mismos “heterodoxos”. La acusación es mutua, tanto que se exprese tácita como abiertamente; viene a ser una especie de juego de raquetas en el que cada cual devuelve la pelota con elegante silencio.

En realidad, no puede tildarse de “infiel” al teósofo ni al no teósofo; sin embargo, hemos de confesar que no hay un ser humano que no pueda ser tildado de “infiel” por un sectario cualquiera. En cuanto a la acusación de ateísmo, es harina de otro costal.

¿Qué es el ateísmo? ¿Consiste en no creer en la existencia de un Dios, o de unos dioses y en negarla, o simplemente en negarse a aceptar una deidad personal, según la definición algo violenta de R. Hall, quien explica el ateísmo diciendo que es un “sistema feroz que no deja nada por *encima de nosotros* (?) que nos infunda terror, y nada a nuestro alrededor que pueda despertarnos sentimientos de ternura”(j)? Si aceptáramos la primera definición no podríamos aplicarla a la mayoría de nuestros miembros, puesto que los de la India, Birmania, etcétera, creen en dioses o seres divinos y sienten mucho temor de ellos. Lo mismo les ocurre a muchos teósofos occidentales que no dudarían en confesar que creen profundamente en espíritus planetarios o del espacio, fantasmas o ángeles. Muchos de los nuestros aceptan la existencia de inteligencias superiores e inferiores y de Seres tan sublimes como cualquier Dios “personal”.

Y esto no es un secreto recóndito pues la mayor parte de nosotros creemos en la supervivencia del Ego espiritual, en los Espíritus Planetarios y en los Nirmânakâyas, esos grandes adeptos pertenecientes a pasadas edades que, renunciando a sus derechos al Nirvana, moran en las esferas en las que vivimos y no como “espíritus”, sino como Seres espirituales, enteramente humanos. Siguen siendo lo que fueron, salvo en lo que atañe a su envoltura corporal y visible, la cual han abandonado para prestar ayuda a la pobre humanidad, en todo cuanto esta ayuda puede prestarse sin chocar con la ley kármica. En esto es en lo que consiste “la Gran Renunciación”: en un incesante y constante sacrificio a través de eones y de edades,

hasta que llegue el día en que se abran los ojos a la ciega humanidad y en que *todos* y no sólo un reducido número de hombres, reconozcan la Verdad universal. Si estos Seres quisieran que el fuego que anima nuestros corazones cuando pensamos en el más sublime de los sacrificios se abrasara en adoración y se ofreciera en un ara levantada en su honor, podrían ser considerados como Dios o como Dioses: pero no anhelan semejante cosa, porque el templo devocional que se erige en lo recóndito del corazón, lejos de toda ostentación profana, es el más hermoso.

Examinemos ahora quienes son los demás Seres invisibles, unos de los cuales se encuentran más elevados que otros en la escala evolutiva. Nada tenemos que decir acerca de estos últimos; y en cuanto a los primeros, nada nos pueden decir a nosotros porque para ellos no existimos. Lo homogéneo no puede tener conocimiento de lo heterogéneo y por lo tanto no podemos abrigar la esperanza de reconocer su naturaleza real, a no ser que aprendamos a evadirnos de nuestra envoltura mortal y a comunicarnos “de espíritu a espíritu”.

Todo verdadero teósofo sustenta la Idea de que el Yo divino superior existente en el hombre mortal es de la misma esencia que el de los dioses. El Ego encarnado, dotado de libre albedrío que, por lo tanto, tiene mayor responsabilidad, es superior, si no más divino que cualquier *Inteligencia espiritual* que no haya reencarnado todavía. Lo cual es fácil de comprender desde el punto de vista filosófico para los metafísicos de la Escuela oriental. El ego encarnado ha de luchar con dificultades inexistentes para la Esencia divina pura, la cual, por el hecho de serlo, no está asociada con la materia. Esta esencia carece de mérito personal, mientras que el Ego encarnado se encuentra en camino de llegar a su perfección final, pasando por las pruebas de la existencia, el dolor y el sufrimiento.

Es imposible que la sombra del Karma caiga sobre lo que es divino, simple y tan diferente de nosotros que no puede tener relación alguna con nosotros. Y por lo que se refiere a las divinidades del Panteón esotérico hindú que son consideradas como finitas y que, por consiguiente, se hallan sujetas al Karma, jamás filósofo alguno digno de este nombre, consentirla en adorarlas ya que no son más que signos y símbolos.

¿Se nos tildará de ateos porque, creyendo en las Falanges Espirituales –en esos seres que han llegado a ser adorados en colectividad como si se tratase de un Dios *personal*– nos negamos en absoluto a creer que representen al Uno desconocido, o porque afirmamos que el Principio eterno, el *Todo en todo* del Poder Absoluto, de la Totalidad, no puede expresarse con palabras limitadas, ni tener por símbolo ningún atributo condicionado y calificador? Además, ¿es que no vamos a protestar contra la acusación de idolatría que han lanzado contra nosotros los católico–romanos, cuya religión es más pagana todavía que cualquiera de las que profesan los adoradores de los elementos y del sistema solar? Nadie menos calificado que los católicos para acusar, puesto que su momificado y estrecho credo lo han copiado de creencias más antiguas que la suya, y sus dogmas y ritos son Idénticos a los de todas las naciones idólatras, si es que existen naciones de esta clase.

CAPÍTULO II

EL SÍMBOLO DE LA VIRGEN MARIA

En toda la superficie del planeta, desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, desde los helados golfos de los países nórdicos hasta las tórridas llanuras de la India meridional y del corazón de América, desde Grecia hasta Caldea, el Fuego Solar ha sido adorado como símbolo del Poder Divino creador del Amor y de la Vida. La unión del Sol (el elemento masculino) con la tierra y el agua (la materia–elemento femenino) se ha conmemorado en los templos esparcidos por el Universo entero. Nueve meses antes de llegar el solsticio de invierno, los paganos celebraban una fiesta conmemorativa de esta unión en la que se decía que Isis había concebido; pues bien, los cristianos hacen lo mismo, pues celebran *nueve meses antes de la Navidad* el grande y santo día de la *Anunciación*, día en que la “Virgen María” recibió el favor de (su) Dios y concibió al “Hijo del Altísimo” ¿De dónde proceden la adoración del Fuego, de las luces y de las lámparas que se colocan en las iglesias? ¿Por qué se hace esto? Porque Vulcano, el dios del Fuego, se unió con Venus, diosa del mar. Por esta misma razón los Magos y las Vírgenes–vestales cuidaban del Fuego sagrado. El Sol era el “Padre” de la Naturaleza; o sea, de la eterna Virgen–Madre. La relación de aquel con ésta se repite en la dualidad Osiris–Isis y en la de Espíritu–Materia, la cual fue adorada bajo tres estados por los paganos y los cristianos. He aquí de dónde proceden esas Vírgenes vestidas con un traje azul salpicado de estrellas, que pisan una luna creciente, símbolo de la naturaleza femenina (en sus tres elementos: aire, agua y fuego), fecundada anualmente por el Fuego o Sol masculino con sus radiantes rayos, (las “lenguas de fuego” del Espíritu Santo).

El *Kalevala*, que es el poema más antiguo de Finlandia, cuya antigüedad precristiana es indiscutible para los eruditos, habla de los dioses finlandeses del aire y del agua, del fuego y de los bosques, del cielo y de la tierra. El lector podrá encontrar en la magnífica traducción al inglés de J.M. Crawford, *Rune L* (Vol. II) la leyenda entera de la Virgen María, de

Mariatta, hermosa joven, Virgen–Madre de las Tierras nórdicas

(pág.729).

Ukko, el gran Espíritu que moraba en Yumala (el Cielo o Paraíso), eligió a la Virgen Mariatta con objeto de que le sirviera de vehículo para encarnarse por su medio en forma de Hombre–Dios. Quedó ella encinta al comer una baya roja (*marja*). Repudiada por sus padres dio a luz a un *Hijo inmortal* en el *pesebre de un establo*, pero el “Santo Niño” desapareció inmediatamente y Mariatta se lanzó en su búsqueda. Preguntó a una estrella –“la estrella guía de los países nórdicos”– dónde se ocultaba “El Santo Niño”, pero ésta le repuso irritada:

Aunque lo supiera, no te lo diría: porque tu hijo fue quien me creó en el frío para que brillase eternamente...

Y la estrella no dijo nada a la Virgen. La dorada luna no consintió tampoco en ayudarle, fundándose en que el hijo de Mariatta la había creado dejándola en el anchuroso cielo:

Aquí me dejó para que durante la noche vagase en completa soledad por las tinieblas y luciera para bien ajeno...

Únicamente el “Argentado Sol” se compadeció de la Virgen–Madre y le dijo:

Allá lejos está el Niño adorado.

Allí reposa tu santo Hijo, durmiendo oculto con agua hasta la cintura entre cañas y juncos...

Y Mariatta se lleva al Santo Niño a su casa y mientras que ella le llama “Flor”.

Otros le dicen *Hijo del Dolor*.

¿Nos encontramos, en este caso, ante una leyenda post–cristiana? De ninguna manera, pues ya dije antes que es una leyenda de origen *esencialmente pagano*, siendo creencia que es anterior al cristianismo. De esto se sigue que, con semejantes datos literarios en la mano, pierden su finalidad las acusaciones de ateísmo e idolatría que se repiten sin cesar. Por otra parte, el término idolatría es de origen cristiano, pues sabido es que esta palabra fue aplicada por los nazarenos primitivos durante los dos primeros siglos de nuestra era y la primera mitad del tercero a las naciones que utilizaban iglesias, templos, estatuas e imágenes, porque los primeros cristianos no tenían templos, ni estatuas, ni imágenes, cosas que ellos aborrecían en extremo.

El término “idólatras” podría aplicarse con más propiedad a nuestros acusadores que a nosotros, como lo demostraremos en este escrito. El católico que coloca Madonas en cada encrucijada y fabrica estatuas de Cristo, de ángeles de toda especie e incluso de Santos y Papas, no puede acusar de Idólatras a los hindúes y budistas.

A continuación demostraremos en qué nos basamos para decir esto.

CAPÍTULO III

ORIGEN DE LA PALABRA “DIOS”

Comencemos con el origen de la palabra Dios, *God* en inglés.

¿Cuál es la significación verdadera y primitiva de este término? Sus significados etimológicos son tan numerosos como variados. Según uno de ellos, la palabra se deriva de un término persa antiquísimo y muy místico: *Goda* el cual quiere decir “El mismo”, o algo emanante por sí mismo del Principio absoluto. La raíz de esa palabra es *Godan* de donde se derivan Wotan, Woden y Odín; de forma que la radical oriental no ha sido casi alterada por las razas germánicas que formaron con ella la voz *Gotz*, de la cual derivaron el adjetivo *Gut*, “Good” (bueno en inglés) y el término *Goda* o ídolo. Las palabras *Zeus* y *Theos* de la antigua Grecia dieron origen a la palabra latina *Deus*. *Goda*, la emanación, no es ni puede ser idéntica a aquello de lo que emana y, por consiguiente, es tan sólo su manifestación periódica y finita. Cuando el antiguo Arato dijo que “Todos los caminos y mercados frecuentados por los hombres están llenos de Zeus; llenos de El están los mares y también los puertos”, no limitaba la Idea de Dios a un mero reflejo temporal suyo sobre nuestro plano terrestre, como lo es Zeus o su antecedente Dyao, sino que daba a la palabra la extensión de un Principio universal y omnipresente. Antes de que Dyao, el deslumbrante dios (el cielo) hubiera atraído la atención del hombre, existía ya el védico Tat –”aquello”– (that en inglés), el cual no tiene ni para el filósofo ni para el iniciado nombre alguno definido, porque es la noche absoluta, oculta bajo toda la radiante luz manifestada. Pero no se pudo evitar que el Sol, primera manifestación en el mundo de Maya e hijo de Dyao, fuese llamado por los ignorantes “El Padre” como lo fue también el mítico Júpiter, última y significativa reflexión de Zeus–Surya.

De manera que el sol llegó rápidamente a ser sinónimo de Dyao y fue confundido con él. Para unos, era el Hijo; para otros, “el Padre”, que mora en el radiante cielo. Sin embargo, Dyao–Pitar, el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre, tiene origen finito, puesto que le fue concedida la Tierra como esposa. Durante la gran decadencia de la filosofía metafísica fue cuando comenzó a representarse a *Dyâvâ–prithivî*, “el Cielo y la Tierra”, en forma de padres universales y cósmicos, no sólo de los hombres, sino también de los dioses. El poético y abstracto concepto original de la causa Ideal acabó por corromperse. Dyao, el Cielo, llegó a ser rápidamente Dyao el Paraíso, la morada del “Padre” y, finalmente, el mismo Padre. En seguida el Sol fue transformado en símbolo del Padre y recibió el título de *Dîna Kara* “el que crea el día”, y de *Bhâskara* “el que crea la luz”, siendo desde ese momento el Padre de su Hijo y viceversa.

A partir de entonces se estableció el reino del ritualismo y del culto antropomórfico que terminó por envilecer al mundo entero, extendiendo su supremacía hasta nuestra época llamada civilizada.

Una vez se ha visto que éste es el origen común, sólo nos resta establecer el contraste entre los dos dioses –el dios de los gentiles y el de los judíos– y deducir intuitivamente, basándonos en su propia revelación y juzgándoles de acuerdo con su definición, cuál de los dioses se encuentra más cerca del ideal más sublime.

Citemos al coronel Ingersoll el cual ha establecido un paralelismo entre Jehová y Brahma. Jehová, oculto tras las nubes y tinieblas del Sinaí, dice a los judíos:

“No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te prosternarás delante de sus imágenes, ni las honrarás, porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen, a fin de que me teman”.

Compárense estas palabras con las que pone un hindú en boca de Brahma: “Yo soy el mismo para todos los seres. Quienes sirven honradamente a los otros dioses, me adoran involuntariamente. Yo soy el que participa en toda adoración; yo, la recompensa de todos los adoradores”. Compárense ambos párrafos, El primero es un lugar oscuro en que se insinúan cosas que nacen del fango: el otro, grande como el firmamento, cuya bóveda está sembrada de soles.

El primero es el dios que atormentaba la imaginación de Calvino, cuando añadía a su doctrina de la predestinación la del infierno tapizado de cráneos de niños no *bautizados*. Las creencias y los dogmas de nuestras iglesias son tan blasfemas por las ideas que implican como las de los paganos que se hallan sumergidos en las tinieblas...

Ya pueden disfrazar y enjalbegar cuanto quieran al Dios de Abraham y de Isaac, que nunca serán capaces de refutar las palabras de Marción, quien niega que el Dios del odio pueda ser el mismo Dios que el “Padre de Jesús”. Sea como sea, herejía o no, el “Padre que está en los cielos” ha seguido siendo, a partir de esa época, una criatura híbrida, una mezcla de *Jave* (Júpiter) de los paganos con el “Dios celoso” de Moisés, Dios que, exotéricamente, es el sol, cuya morada se encuentra en los cielos y, esotéricamente, es el cielo.

¿No da El nacimiento a la luz “que brilla en las tinieblas”, al día, al brillante Dyao, al Hijo, y no es El, acaso, el Altísimo *Deus coelun*? ¿Y no es *Terra*, la Tierra, la Virgen eternamente inmaculada que, engendrando sin descanso, fecundada por el ardiente abrazo de su “Señor” –los vivificantes rayos solares– se convierte en madre de todo cuanto vive y respira en el vasto seno de la esfera terrestre? Esto explica el carácter sagrado que tiene en el ritual lo que ella produce: o sea, el pan y el vino. De ahí también la antigua *messis*, el gran sacrificio ofrendado a la diosa (Ceres Eleusina, es decir, la tierra) de las cosechas (de la mies): *messis* para los iniciados, *missa* para los profanos¹ que ha llegado a ser hoy en día la misa o liturgia cristiana. La antigua ofrenda de los frutos de la Tierra hecha al Sol, al *Deus Altissimus*, el símbolo del G.A.D.U. de los francmasones contemporáneos, llegó a ser la base más importante del ritual entre las ceremonias de la nueva religión. Las parejas místicas² Osiris e Isis (el sol y la tierra) de los egipcios, Bel y la cruciforme Astarté de los babilonios; Odín o

¹ De *pro*, “delante” y *fanum*, “el templo”; es decir, los que no están iniciados, los que se encuentran ante el templo sin atreverse a entrar.

² La Tierra y la Luna su pariente, son similares. Por eso todas las diosas lunares eran también símbolos representativos de la Tierra. (Véase “Simbolismo” de La Doctrina Secreta).

Thor y Freya, de los escandinavos; Belén y la *Virgo Paritura* de los celtas; Apolo y la *Magna Mater* de los griegos, las cuales tenían idéntica significación, pasaron como representación corporal a los cristianos y fueron transformadas por ellos en el Señor–Dios o el Espíritu Santo que desciende sobre la Virgen María.

El *Deus Sol* o *Solus*, o sea el Padre, llegó a confundirse con el Hijo: el “Padre” que brilla deslumbrador en la hora del Mediodía, se transformaba al amanecer en “Hijo”, en cuyo momento se decía el que “había nacido”. Esta idea recibía su gran apoteosis anualmente el día 25 de diciembre, durante el solsticio de Invierno, cuando, según se decía, el sol –acabado de nacer– era igual para los dioses solares de todas las naciones. *Natalis solis invicte*. Y el “precursor” del Sol resucitado, crece y se fortalece hasta el equinoccio de primavera, que es cuando el Dios–Sol comienza su curso anual bajo el reinado de *Ram* o del Carnero (Aries), la primera semana lunar del mes.

En toda la Grecia pagana se conmemoraba el día primero de marzo, cuyas *neomenia* se consagraban a Diana. Por idéntica razón, las naciones paganas celebran su fiesta de Pascua el primer domingo siguiente a la luna llena del equinoccio de primavera. El cristianismo, no sólo ha copiado las fiestas del paganismo, sino también las *vestimentas* canónicas, cosa que es imposible negar. Eusebio confiesa en su *Vida de Constantino*, diciendo quizás la única verdad proferida en su vida, que “con el fin de hacer que el cristianismo fuera más atrayente para los gentiles, los sacerdotes (del Cristo) adoptaron las vestimentas externas y los ornamentos utilizados en el culto pagano, y podría haber añadido que habían hecho lo mismo con sus rituales y sus dogmas.

CAPÍTULO IV

LAS VERDADES DE LA RELIGIÓN DE LA SABIDURÍA

Aunque no se pueda recurrir al testimonio de la historia, es un hecho histórico –pues una gran cantidad de hechos relatados por los escritores de la antigüedad vienen a corroborarlo– que el ritual de la Iglesia y de la Francmasonería surgieron de la misma fuente y se desarrollaron paralelamente. En sus orígenes, la Masonería fue un gnosticismo arcaico o cristianismo primitivo; el ritual de la Iglesia era y *es* el de un simple y puro paganismo exotérico *remodelado*, ya que no podemos decir reformado.

Leed a Ragón, estudiad, relacionad los hechos accidentales y, no obstante, son muchos los que se encuentran en los textos de los autores griegos y latinos, de cuyos autores algunos eran iniciados y la mayoría neófitos, instruidos y participantes en los Misterios; leed por último, las calumnias cuidadosamente elaboradas por los Padres de la Iglesia contra los gnósticos y contra los Misterios y sus Iniciados y acabaréis por deducir la verdad de que los verdaderos fundadores de la religión moderna fueron unos cuantos filósofos desterrados por los acontecimientos políticos de la época, acosados y perseguidos por los fanáticos obispos del cristianismo primitivo que todavía no tenía ritual, ni dogma, ni Iglesias.

Esos filósofos, mezclando de forma irreligiosa las verdades de la religión–sabiduría con las ficciones exotéricas tan gratas a las masas ignorantes, pusieron los primeros fundamentos ritualísticos de las iglesias y de las logias de la francmasonería moderna. Este último hecho ha sido demostrado por Ragón en su Ante–Omniae de la Liturgia moderna comparada con los antiguos misterios, mostrando el ritual puesto en práctica por los primeros francmasones.

Nuestra primera afirmación puede comprobarse comparando las vestimentas en uso en las iglesias, los vasos sagrados, las fiestas de las iglesias latinas, con las mismas cosas de las naciones paganas. Pero las iglesias y la francmasonería han disentido por completo desde el día en que dejaron de constituir una sola entidad. Y si alguien se asombra de que haya un profano que conozca esto, le responderemos que el estudio de la antigua Francmasonería y de la Francmasonería moderna es obligado para todo ocultista oriental.

La Masonería, a pesar de sus innovaciones y accesorios modernos (particularmente la introducción del espíritu bíblico), hace el bien en los planos físico y moral; así es, por lo menos, como obraba apenas hace diez años. Entonces era una verdadera *ecclesia* en el sentido de unión fraternal y de ayuda mutua; era la única “religión” del mundo, si consideramos que esta palabra se deriva del verbo “*religare*” (unir), puesto que une a todos los hombres que pertenecen a ella como si fueran “hermanos”, sin hacer distinción de razas ni de creencias. No es incumbencia nuestra el saber si podía haber hecho mucho más de lo que ha hecho con las portentosas riquezas que tenía en su poder. No sabemos que esta institución haya producido daño alguno y nadie, excepto la Iglesia romana, la acusó de haber hecho tal cosa. ¿Puede

decirse lo mismo de la Iglesia? Que la historia profana y la eclesiástica respondan a esta pregunta.

Desde luego, la iglesia ha dividido a la humanidad en Caínes y Abeles; ha perseguido a millares de hombres en nombre de Dios, un Dios que, en realidad parece ser el *Dios de los ejércitos*, el feroz Jehová Sabbaoth, y en lugar de proporcionar una fuerza impulsora a la civilización de la que, orgullosamente, se glorifican sus fieles, la ha retrasado durante toda la larga e insípida Edad Media.

Sólo bajo las continuas embestidas de la ciencia cuyas consecuencias fueron la rebelión de los hombres amantes de la libertad, fue cuando la Iglesia comenzó a perder terreno y no pudo evitar por más tiempo la entrada de la luz ¿Es cierto, tal vez, que ella haya suavizado, como afirma, “el espíritu bárbaro del paganismo”? No; digamos con todas nuestras fuerzas que no... ¿Acaso fueron los césares paganos, de tan refinada crueldad, con tanta sed de sangre como los modernos potentados y sus ejércitos? ¿En qué época se encontrarían más miles de proletarios hambrientos que en la nuestra? ¿Cuándo ha derramado más lágrimas la Humanidad y cuándo ha sufrido más que ahora?

Sí; hubo un tiempo en que la Iglesia y la Francmasonería fueron una. Fue en los siglos de Intensa reacción moral; período de transición, época de lucha en la que el pensamiento era denso como una pesadilla. Así que, cuando la creación de nuevos ideales condujo al derribo aparente de los viejos templos y a la destrucción de los antiguos ídolos, la cosa terminó reconstruyendo estos templos con ayuda de los antiguos materiales y erigiendo los mismos ídolos con nombres nuevos. Aquello no fue más que una reorganización, un blanqueo universal llevado a cabo únicamente “a flor de piel”.

Jamás nos dirá la historia cuántos semi-Hierofantes y altos iniciados se vieron obligados a pasar por regenerados para asegurar la supervivencia de los secretos iniciáticos. Praetextus, procónsul de Arcadia, es digno de fe cuando dice, en el siglo IV de nuestra era, que “privar a los griegos de los misterios sagrados que *unían a la Humanidad en un solo cuerpo* equivalía a privarles de la vida”. Quizás los iniciados lo comprendieron así, puesto que se unieron *nolens volens* con los partidarios de la nueva religión que había llegado a dominar, y obraron en consecuencia.

Algunos judíos gnósticos helenizantes, hicieron lo mismo; y así fue como más de un Clemente de Alejandría –quien aparentemente se convirtió, aunque seguía siendo un ardiente neoplatónico y un filósofo en el fondo de su corazón–, llegó a ser el instructor de los ignorantes obispos cristianos. En una palabra, el que se convertía *a su pesar*, mezclaba las dos mitologías externas –la antigua y la nueva–, y aleccionando a la multitud guardaba para sí las verdades secretas.

El ejemplo del neoplatónico Sinesio demuestra quienes eran estos extraños cristianos. Este discípulo favorito de Hipatía –la virgen filósofa y mártir, víctima del infame Cirilo de Alejandría– no estaba bautizado todavía cuando los obispos de Egipto le ofrecieron el arzobispado de Ptolemaida. Todos los eruditos saben que cuando, después de haber aceptado el cargo que le ofrecían, consintió en que le bautizaran, concedió tan poco valor a esta ceremonia que no firmó realmente su consentimiento hasta que le fueron aceptadas todas las condiciones que él consideraba indispensables y garantizados sus privilegios futuros. Entre estas condiciones había una, la principal, realmente curiosa: la de que le fuera permitido *sine qua non* el abstenerse de profesar las doctrinas cristianas en las cuales no creía el nuevo obispo. Y por eso sucedió que, a pesar de haber sido bautizado y ordenado en los dogmas del

diaconado, del sacerdocio y del episcopado, no se separó jamás de su mujer ni abandonó nunca la filosofía platónica, ni menos aún sus diversiones (deportes), las cuales les estaban prohibidas a los demás obispos. Esto sucedía nada menos que en el siglo V.

En esta época se hicieron numerosas concesiones como ésta entre los filósofos iniciados y los sacerdotes reformados del judaísmo. Los primeros trataban de ser fieles a los juramentos prestados en los Misterios y de no perder su dignidad personal; y para conseguirlo se vieron obligados a recurrir a un triste compromiso con la ambición, la ignorancia y la creciente marea del fanatismo popular. Ellos creían en la Unidad Divina, en el Uno o *Solus* incondicionado e incognoscible y, no obstante, consintieron en rendir homenaje público al Sol que se movía entre sus doce apóstoles, los doce signos del zodiaco, dicho de otra manera, los doce hijos de Jacob. Los *hoi polloi* (la plebe) seguía ignorando la existencia del Único y adoraba al sol rindiendo cada cual en sí mismo homenaje al Dios que honraba antiguamente. Transferir esta adoración de las divinidades solares y lunares y demás deidades cósmicas a los Tronos, Arcángeles, Potestades y Santos, no era cosa difícil, sobre todo teniendo en cuenta que las divinidades solares habían sido admitidas en el canon cristiano con sus nombres antiguos, sin experimentar cambio alguno. Así se explica que el “Gran Elegido” renovase en voz baja durante la misa su absoluta adhesión a la Unidad Suprema Universal del “Obrero incomprensible”, y pronunciase en voz alta y solemnemente la palabra sagrada, mientras que su acólito continuaba cantando con fastidiosa retahíla los nombres de los seres siderales inferiores que debían ser adorados por la masa.

Los catecúmenos profanos que pocos meses o semanas antes oraban al Buey Apis, a los santos Cinocéfalos, al Ibis sagrado y al Osiris de la cabeza de gavilán, observarían que el águila de San Juan³ y la Paloma divina (que se cierce en el bautismo sobre el cordero de Dios), no eran sino la evolución natural, la continuación de su propia zoología nacional y sagrada, a la que desde la infancia les hablan enseñado a prestar adoración.

³ Se comete un doble error cuando se dice que Juan el Evangelista no llegó a ser el Santo Patrón de la Francmasonería hasta después del siglo XVI. Existe una gran diferencia entre Juan el “Adivino”, el “Vidente”, autor de la Revelación, y el Juan Evangelista, al cual se representa actualmente acompañado de un águila, puesto que este último Juan es, como el cuarto evangelio, una creación de Ireneo. Tanto el uno como el otro fueron el resultado de la disputa del Obispo de Lyon con los gnósticos, y nadie podrá decir jamás quién fue el autor real del más hermoso de los evangelios. Lo único que sabemos de cierto es que el águila es la propiedad legal de Juan, el autor del *Apocalipsis*, cuyo origen se remonta a los siglos anteriores a Jesucristo, habiendo sido reeditado al recibir la hospitalidad canónica. Este Joan o Johannes, era el patrón aceptado por todos los gnósticos griegos y egipcios (que fueron los primeros constructores y masones del Templo de Salomón, como ya antes lo habían sido de las pirámides). Su atributo, el águila –que es el más arcaico de los símbolos– era el *Ah* el ave de Zeus, que todos los pueblos antiguos consagraron al Sol. E incluso entre los mismos judíos fue adoptado por los cabalistas iniciados como símbolo del Sefirad Tiph-e-reth, el Éter espiritual o aire, tal como lo dice Myers en la *Kabbalah*. Entre los druidas el águila era el símbolo de la Divinidad suprema, relacionándose también una parte del símbolo con los Querubines. Adoptada por los gnósticos pre-cristianos podía verse al pie del Tau egipcio antes de que hubiera sido colocada en el grado de Rosacruz al pie de la cruz cristiana. El ave del sol, el Águila, va esencialmente unida a todo dios solar, y es el símbolo del vidente que mira en la luz astral y ve en ella la sombra del pasado, del presente y del futuro con tanta facilidad como el águila mira al sol.

CAPÍTULO V

EL SÍMBOLO DEL G.A.D.U.

De manera que puede demostrarse que la Francmasonería moderna y el ritual de la Iglesia descienden por línea directa de los gnósticos iniciados, de los neoplatónicos y de los hierofantes renegados de los misterios paganos, cuyos secretos han perdido aquellas instituciones; pero han sido conservadas por quienes no aceptaron compromisos. Si la Iglesia y la Masonería quieren olvidar la historia de su verdadero origen, los teósofos no hacen lo mismo, pues repiten que la Masonería y las tres grandes religiones cristianas han heredado los mismos bienes. Las “ceremonias y palabras de paso” de la Masonería, y las oraciones, dogmas y ritos de las religiones, no son sino copias mal interpretadas del paganismo puro y de la teosofía neoplatónica. Asimismo, las “palabras de paso” relativas a “la tribu de Judá”, los nombres de “Tubal-Caín” y de otros dignatarios zodiacales del *Antiguo Testamento* empleadas actualmente por los masones bíblicos, no son sino las que aplicaban los judíos a los antiguos Dioses de la plebe pagana, y no los Dioses de los hierogramatas, intérpretes de los verdaderos misterios. Prueba de ello es lo que vamos a decir a continuación. Los buenos de los hermanos masones difícilmente podrían negar que, por lo menos de nombre, son *solícolas* o adoradores del sol celeste, en el cual veía el erudito Ragón un símbolo magnífico del G.A.D.U., como lo es, sin duda alguna.

Pero Ragón se hubiera visto en un apuro si hubiese tenido que demostrar que el GAD.U. no es más bien el Sol del pescado menudo de los profanos que el *solus* del Gran Eoptai. Pues el secreto de los fuegos de *Solus*, el espíritu que brilla en la Estrella flamígera, es un secreto hermético, y si el masón no estudia la verdadera Teosofía no podrá comprender este secreto, ni tampoco las pequeñas indiscreciones del *Ttshuddi*. Actualmente, tanto los masones como los cristianos, santifican el día del sabbat, al cual dan el nombre de “Día del Señor”. a pesar de que saben mejor que nadie que el “*Sunday*” y el *Sonntag* de los protestantes ingleses y alemanes significan el *día del sol*, es decir, lo mismo que hace dos mil años.

Y en cuanto a vosotros, reverendos padres, sacerdotes y obispos que dais a la Teosofía el nombre de “idolatría” y condenáis ferozmente a sus prosélitos al fuego eterno, ¿os podéis jactar acaso de poseer un solo simple rito, una sola vestimenta o un vaso sagrado perteneciente a la Iglesia o al Templo, que no proceda del paganismo? No; sería demasiado peligroso el tener la osadía de afirmarlo, no sólo ante la historia, sino también ante las confesiones de los funcionarios sacerdotales.

Recapitemos, aunque no sea más que para justificar nuestras afirmaciones. Dice Du Choul que “Los sacrificadores romanos” tenían obligación de confesarse antes de sacrificar. Los sacerdotes de Júpiter se tocaban con un alto bonete negro de forma cuadrada que era el objeto con que se cubrían la cabeza los *Flamines* (véase el sombrero de los sacerdotes armenios y griegos modernos). La sotana negra de los sacerdotes católicos es la negra *hierocaracia* o amplia vestidura que usaban los sacerdotes de Mitra, la cual recibía este nombre por ser del

color de los cuervos “*corax*”. El rey–sacerdote de Babilonia poseía un sello o anillo de oro que llevaba en el dedo. Llevaba pantuflas que besaban los potentados sometidos a su dominio, un manto blanco y una tiara de oro de la cual pendían dos cintas. Los Papas poseen pantuflas y un anillo que tiene el mismo uso, un manto de raso blanco en el que se ven bordadas unas estrellas de oro, una tiara con dos cintas cubiertas de piedras preciosas, etc... La vestidura de tela blanca “*alba vestis*” es idéntica a la de los sacerdotes de Isis, los sacerdotes de Anubis se afeitaban la coronilla (Juvenal), de cuya costumbre se deriva la de la *tonsura*; la *casulla* de los “padres” cristianos es copia de la vestimenta con que se cubrían los sacerdotes del culto judío, vestidura denominada *colaris*, que iba sujeta al cuello y descendía hasta los talones. La estola de nuestros sacerdotes ha sido tomada del vestido femenino que llevaban las Galli o bailarinas del templo, cuya función era la del Kadashim judío (véase el Libro II de los *Reyes*, cap. XXIII, 7); su *cinturón de castidad* procedía del ephod de los judíos y de los cordones de los sacerdotes de Isis, quienes hacían voto de castidad (si se quieren más detalles que confirmen lo expuesto léase a Ragón).

Los paganos antiguos utilizaban el agua bendita o lustral para purificar sus ciudades, campos, templos y hombres, exactamente como se practica ahora en las regiones católico–romanas. A la puerta de los templos había pilas bautismales llenas de agua lustral, que recibían los nombres de *favisses* y *aquiminaria*. El pontífice o curión (de aquí se deriva el nombre español de *cura*) sumergía en el agua lustral una rama de laurel antes de ofrecer el sacrificio y acto seguido rociaba con ella a la piadosa congregación; lo que entonces recibía el nombre de *lustrica* y *aspergilium* se llama hoy en día aspersorio o hisopo. El hisopo de las sacerdotisas de Mitra era el símbolo del *lingam* universal, que se sumergía durante las ceremonias en leche lustral, rociando con ella a los fieles, con lo cual trataba de representarse la fecundidad universal; por lo tanto, el empleo de agua bendita en el cristianismo es un rito de origen fálico. Además, la idea que preside este hecho es puramente oculta y pertenece al ceremonial mágico.

Las purificaciones se verifican por medio del fuego, el azufre, el aire y los elementos. Se recurría a las abluciones para llamar la atención de los dioses celestes; y para conjurar y alejar a los dioses inferiores, se empleaba constantemente el aspersorio purificador.

En muchas iglesias griegas y romanas se suele pintar la bóveda de los templos de color azul y con estrellas doradas para representar la bóveda celeste, costumbre que no es más que una copia de los templos egipcios, en donde se adoraba al sol y a las estrellas. En Oriente se rinde el mismo homenaje que las arquitecturas masónica y cristiana rindieron al paganismo. Ragón demuestra plenamente este hecho en sus volúmenes, hoy en día desaparecidos. La “*princeps porta*”, la puerta del mundo y del “Rey de la Gloria”, cuyo nombre designaba antiguamente al sol y hoy en día se aplica al Cristo, su símbolo humano, es la puerta de Oriente encarada hacia ese punto cardinal en todo templo o iglesia. Por esta “puerta de la vida”, a través de la cual entra diariamente la luz en el cuadrado oblongo⁴ de la tierra o Tabernáculo del Sol, es introducido el recién nacido en el templo y llevado hasta la pila bautismal. Las pilas bautismales se colocan hoy en día a la izquierda del edificio (el sombrío norte de donde parten los “aprendices” y en donde sufren los candidatos la *prueba del agua*) que es, precisamente, el lugar en que se ponían antiguamente las piscinas de agua lustral, lo cual se explica sabiendo

⁴Término masónico, símbolo del arca de Noé, de la Alianza del Templo de Salomón, del tabernáculo y del campamento de los israelitas; todos los cuales fueron construidos en forma de “cuadrado oblongo”. Los romanos y griegos representaban a Mercurio y a Apolo por cubos y cuadrados oblongos; lo mismo ocurre con la Kaaba, el gran templo de la Meca.

que las antiguas iglesias habían sido antes templos paganos. Los altares de la pagana Lutecia fueron enterrados y descubiertos bajo el coro de Nuestra Señora de París; el pozo en donde se conservaba el agua lustral existe todavía en esa iglesia. Casi todas las grandes iglesias antiguas del continente, anteriores a la edad media, habían sido antes, templos paganos sobre cuyos emplazamientos fueron construidas aquellas por orden de los obispos y de los Papas. Gregorio el Grande dio sus órdenes al monje Agustín de la manera siguiente: “Destruid los ídolos, pero nunca los templos, los cuales debéis rociar con agua bendita, colocando reliquias en ellos, para que los pueblos adoren en donde tienen por costumbre hacerlo”.

Basta consultar las obras del cardenal Baronio para encontrar la siguiente confesión hecha en el año XXXVI de sus *Anales*: “Le ha sido permitido a la Santa Iglesia *apropiarse de los ritos y ceremonias utilizados por los paganos en su culto idolátrico*, porque ella (la Iglesia) los *regeneró por medio de la consagración*”. Leemos en las “*Antiquités Gauloises*”, de Fauchet, que los obispos de Francia adoptaron las ceremonias paganas con objeto de convertir a los paganos al cristianismo. Esto aconteció cuando los galos eran todavía paganos. ¿Se realizan esos ritos y ceremonias en la Francia cristiana con espíritu de gratitud y de reconocimiento a los paganos y sus dioses?

CAPÍTULO VI

LOS ALTARES Y LAS PIEDRAS CUADRADAS

Hasta el siglo cuarto no hubo altares en las iglesias, pues hasta esta época el altar consistía en una mesa, que se colocaba en el centro del templo para tomar la comunión o ágape fraternal (La *Cena* como misa se decía al principio por la noche).

La mesa que actualmente se pone en la “Logia” para celebrar los banquetes masónicos con que terminan ordinariamente las actividades de una Logia, durante las cuales los Hiram Abif resucitados, “los hijos de la viuda”, ennoblecen sus brindis por medio de *fining* (un modo masónico de transubstanciación), que es una continuación de esa costumbre. ¿Debemos dar el nombre de altares a las mesas de los banquetes masónicos? ¿Por qué no? Los altares se copiaron del *Ara Maxima* de la Roma pagana. Los latinos colocaban junto a las tumbas unas piedras cuadradas u oblongas a las que daban el nombre de *Aras* (altares), consagrándolas a los dioses Lares y a los Manes. Nuestros altares tienen su origen en estas piedras cuadradas, que eran otras formas de mojones, los cuales recibían el nombre de dioses Término, Hermes y Mercurio, de donde proviene aquello de los Mercurios “quadratus, quadrifons, etc...”; o sea, los dioses de *cuatro caras*, de quienes estas piedras cuadradas son símbolos desde la más remota antigüedad. La piedra en la que se sentaban los reyes de Irlanda era un altar de esta clase. En la abadía de Westminster hay también una de estas piedras, a la cual se atribuye, además, una voz. De manera que todos nuestros altares y tronos descienden directamente de los mojones fronterizos y priápicos, los dioses Término.

Quizás los lectores fieles a las enseñanzas de la Iglesia se indignen si les decimos que los cristianos no adoptaron la moda pagana de adorar en los templos hasta el reinado de Diocleciano; pero ésta es la verdad, ya que hasta esa época experimentaron horror por los altares y los templos, a los que durante 250 años miraron como cosa abominable. Y es que los cristianos primitivos eran verdaderos cristianos. Los modernos son más paganos que ningún idólatra antiguo. Los primitivos se parecían a nuestros teósofos actuales; pero, a partir del siglo IV se convirtieron en heleno–Judaicos, en gentiles, en todo menos en neoplatónicos. Véase lo que decía a los romanos Minicio Félix en el siglo III:

“Vosotros os creéis que los cristianos os ocultamos lo que adoramos, *porque no tenemos templos ni altar*. Pero, ¿qué imagen de Dios podemos construir cuando hasta el mismo hombre no es más que una imagen suya? ¿Qué templos vamos a erigir a la divinidad, si el Universo, que es obra suya, no puede apenas contenerla? ¿Cómo colocaríamos en un solo edificio el poder del Omnipotente? ¿No es preferible, acaso, que consagremos un templo en nuestro corazón y en nuestro espíritu a la divinidad?”

Pero es que en esa época, los cristianos del tipo de Minicio Félix tenían presente en la memoria los mandamientos del Maestro iniciado, de que no hay que rezar en las sinagogas y en los templos como hacen los hipócritas, para “que los vean los hombres”; y recordaban la declaración de Pablo, el Apóstol–Iniciado, Pablo el “Maestro Constructor”, de que el hombre

es el único templo de Dios en que mora el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios. Ellos guardaban los verdaderos preceptos cristianos, mientras que los cristianos modernos obedecen únicamente a los arbitrarios cánones de sus respectivas iglesias y a las reglas que les dejaron sus Hermanos mayores. “Los teósofos son notoriamente ateos. Ninguno de ellos asiste al servicio divino... Odian a la Iglesia”, escribe en la *Church Chronicle* un periodista que, dejándose llevar de su cólera, la vierte sobre los infieles y paganos M.S.T.

El hombre de la Iglesia moderna lanza también piedras contra los teósofos, como hicieron los fariseos de la “Sinagoga de Libertinos”, antepasados suyos, cuando lapidaron a Esteban porque había dicho lo que ahora dicen muchos teósofos cristianos; o sea, que “El Altísimo no mora en un templo construido por manos de hombres”, y no vacilan, como tampoco vacilaron aquellos inicuos jueces, en sobornar a testigos para acusarnos...

CAPÍTULO VII

DEL MITO SOLAR

Tenemos tal hartazgo de “mito solar” que ya nos produce náuseas, pues lo oímos repetir desde los cuatro puntos cardinales del orientalismo y del simbolismo, aplicándolo sin discernimiento a todo y a todas las religiones, salvo a la Iglesia cristiana y a las religiones del Estado. No cabe duda de que el sol ha sido, desde tiempo inmemorial, el símbolo de la divinidad creadora, no sólo entre los Parsis, sino también en cada nación. Lo mismo ocurre con todos los cultos ritualistas: como era antes es hoy todavía. Nuestro astro central es para los *Pro-Fanes* el “Padre” mientras que para los *Epoptai* es el Hijo de la Divinidad Incognoscible. Ragón, el masón que ya hemos citado antes, nos dice que “el Sol era la imagen más sublime y natural del Gran Arquitecto, así como la más ingeniosa de las alegorías con que el hombre moral y bueno (*el verdadero sabio*) ha simbolizado la Inteligencia infinita e ilimitada”. Aparte de esta última afirmación, tiene razón Ragón, pues nos demuestra que el símbolo se va alejando del ideal concebido y representado, hasta que sus ignorantes adoradores lo confunden con el mismo sol y no con su símbolo. El gran autor masónico prueba en seguida que los cristianos primitivos creían que el sol físico era al propio tiempo el Padre y el Hijo; y exclama: “Oh, Hermanos iniciados, ¿podéis echar en olvido acaso la gran *lámpara* que arde noche y día en los templos de la religión existente? Suspendida está de cara al altar principal, en donde se ha depositado el arca del sol. Ante el altar de la Virgen madre, arde otra *lámpara* como emblema de la claridad lunar”.

Clemente de Alejandría nos enseña que los egipcios fueron los primeros en establecer la costumbre religiosa de las lámparas... El deber más sagrado y terrible se confiaba a las vestales. Si los templos masónicos están iluminados por tres luces astrales (el sol, la luna y la estrella geométrica) y por tres luces vitales (el Hierofante y los dos obispos o vigilantes) es porque uno de los padres de la Masonería, Pitágoras, sugirió hábilmente la idea de que no debemos hablar sobre las cosas divinas si no nos ilumina una lámpara. Los paganos celebraban en honor de Minerva, Prometeo y Vulcano, la fiesta de las lámparas, llamadas “lampadophorias”. Pero Lactancio y algunos de los primeros Padres de la nueva religión se lamentaban de que se hubieran introducido lámparas paganas en las iglesias. Lactancio escribe: “*Si se dignaran contemplar la luz que llamamos sol, no tardarían en convencerse de que Dios no necesita sus lámparas para nada*”; y Vigilante añade: “Con el pretexto de religión, la Iglesia ha establecido la costumbre de los gentiles de encender mezquinas candelas, mientras luce el sol esplendoroso. ¿Es ésta manera de honrar al Cordero de Dios, al sol así representado que, hallándose en el *centro del Trono* (El Universo), lo llena con la radiación de su majestad? Estos párrafos vienen a demostrar que la Iglesia primitiva adoraba al Gran Arquitecto del Universo en su imagen, el Sol Único, el único de su especie (*La Misa y sus Misterios*).

Los candidatos deben pronunciar el juramento masónico vueltos hacia Oriente, en donde se encuentra el “Venerable” (porque los neófitos hacían lo propio en los Misterios): la Iglesia ha conservado, a su vez, este mismo rito. Durante la misa mayor (el *ara máxima*) con el tabernáculo o *pyx* (la caja en la que se guarda el Santo Sacramento) y con seis lámparas. El significado exotérico del *pyx* y de su contenido, símbolo del “Cristo Sol”, es la representación de la resplandeciente luminaria, y los seis cirios, la de los seis planetas (los primeros cristianos sólo conocían ese número), tres de los cuales se colocan a la derecha y otros tres a la izquierda, con lo cual no se ha hecho más que copiar el candelabro de los siete brazos de la sinagoga, cuya significación es idéntica. *Sol est dominus Meus*, “el Sol es mi Señor”, exclama David en el salmo XCV, lo que se ha traducido ingeniosamente en la versión autorizada diciendo: “El Señor es Dios grande; y Rey grande sobre todos los dioses” (vers.3), quienes en realidad no son sino los planetas. Agustín Chalis es más sincero cuando dice en su *Filosofía de las Religiones Comparadas* que: “Todos son *dev* (demonios) en esta tierra, salvo el Dios de los Videntes (Iniciados); y si en Cristo no veis nada más que el sol, adoráis a un *dev*, a un fantasma, como lo son todos los Hijos de la noche”.

Teniendo en cuenta que el Este es el punto cardinal de donde surge el astro del día, Gran Dispensador y sostén de la vida, creador de todo cuanto existe y respira en el Globo, no nos extrañará que todas las naciones de la tierra hayan adorado en él al Agente visible del Principio y de la Causa invisible, ni de que se diga la misa en honor del que es el dispensador de las *messis* (mieses) o cosechas. Pero entre la adoración del Ideal en si y la del símbolo, media un abismo. Para los egipcios doctos, el sol era el ojo de Osiris, pero no el mismo Osiris; lo mismo creían los sabios adoradores de Zoroastro.

El sol llegó a ser la divinidad *in toto* para los primeros cristianos; y por la fuerza de la casuística, del sofisma y de los dogmas, cuya discusión se prohíbe, han terminado las iglesias cristianas por obligar a las personas cultas a aceptar esta opinión, hipnotizándolas con la creencia de que su Dios es la única divinidad viva, la creadora del Sol y no el Sol, el cual es un *demon* adorado por los paganos. Pero, ¿qué diferencia existe entre un mal *demon* y el Dios que, si no es invocado por los pobres, los desesperados y los ignorantes, cuando “el temor les oprime como una desolación” y “la destrucción cae sobre ellos como un torbellino”, amenaza con palabras como éstas: “Me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando viniere lo que teméis”? (*Proverbios*, I,27). Compárese este Dios con el Gran Avatar sobre el que se basa la leyenda cristiana al cual identificamos con el Gran Iniciado que dijo: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”, y ¿cuál es el resultado de la comparación?

Pues que con ese Dios puede justificarse el diabólico júbilo de Tertuliano, quien se sonreía regocijado sólo de pensar que un próximo pariente suyo, que por más señas era “infiel”, se tostara en el fuego del infierno; y el consejo dado por Jerónimo a un cristiano convertido de que pisara con sus pies el cuerpo de su pagana madre, si ésta trataba de impedir que la abandonase para siempre con objeto de seguir al Cristo...

CAPÍTULO VIII

LOS GRANDES MISTERIOS

El ritual del cristianismo primitivo se deriva de la antigua Masonería, como ya está suficientemente demostrado. Esta, a su vez, es la heredera de los Misterios, casi desaparecidos en esta época, sobre los cuales vamos a decir unas palabras.

Todo el mundo sabe que todas las naciones de la antigüedad tenían sus secretos ocultos conocidos con el nombre de Misterios, los cuales existían al margen de la adoración popular que se nutría de letra muerta y de las vacías formas de las ceremonias exotéricas. Estrabón es uno de los autores que da testimonio de este aserto (*Georg.* Lib X: “Nadie era admitido a los Misterios si no se había preparado antes por medio de un entrenamiento particular. Los neófitos a quienes se instruía en la parte superior de los Templos eran iniciados en las Criptas en el Misterio final”. Estas instrucciones constituían el último patrimonio, la última supervivencia de la sabiduría antigua. Los misterios se representaban bajo la dirección de los Grandes Iniciados. Y empleamos a propósito el término *representar* porque las instrucciones *orales*, dichas en voz *baja*, únicamente se daban en las criptas con secreto y silencio solemnes. Las lecciones relativas a la teogonía y a la cosmogonía se expresaban por medio de representaciones alegóricas. Todo se comunicaba simbólicamente, tanto el *modus operandi* de la evolución gradual del Kosmos como el de la de los mundos, de nuestra tierra, de los de Dios y de los hombres. Las grandes representaciones públicas que se realizaban durante las fiestas de los Misterios eran presenciadas por la multitud, la cual adoraba ciegamente las verdades allí simbolizadas; pero tan sólo los Grandes Iniciados, los *Epoptai*, comprendían el verdadero significado de su lenguaje. Los sabios conocen esto y mucho más.

Todas las naciones de la antigüedad han pretendido saber que los Misterios reales relativos a lo que tan antifilosóficamente se denomina creación, fueron enseñados en los tiempos prehistóricos a los elegidos de nuestra raza (la quinta) por las primeras dinastías de Reyes Divinos – “Dioses encarnados”, “encarnaciones divinas” o “Avatares”.

En las últimas estancias de Dzyan citadas en *La Doctrina Secreta* se habla de los que reinaron sobre los descendientes “salidos del Santo Rebaño”, que “descendieron de nuevo, hicieron las paces con la Quinta raza y la enseñaron e instruyeron”.

La frase “hicieron las paces” es prueba de que antes debió haber habido una *querella*. El destino de los atlantes en nuestra filosofía y el de los prediluvianos en la Biblia corroboran esta idea. Esto volvió a repetirse muchos siglos antes de que apareciera Ptolomeo, pues los iniciados del santuario egipcio abusaron también de la ciencia sagrada. Y aunque las enseñanzas secretas de los Dioses habían sido conservadas en toda su pureza durante siglos innumerables, la ambición personal y el egoísmo de los iniciados terminaron por corromperlas. El significado de los símbolos se vio frecuentemente profanado por interpretaciones inconvenientes y pronto los misterios de Eleusis fueron los únicos que se

vieron libres de toda alteración y de toda innovación sacrílega. Estos misterios se celebraban en Atenas en honor de (Ceres), Démeter o la Naturaleza; en ellos fueron iniciados los intelectuales más célebres de Grecia y Asia Menor. Zósimo dice en su cuarto libro que estos iniciados pertenecían a toda la Humanidad⁵. y Arístides opina que los Misterios constituyen “el Templo común de la tierra entera”.

Para conservar algunas reliquias de este “templo” y reconstruirlo cuando fuera oportuno, fueron elegidos algunos de los iniciados. El Gran Hierofante realizaba esta selección todos los siglos, en cuanto las alegorías sagradas mostraban los primeros síntomas de profanación y decadencia, con el fin de restaurarlas a su pureza primitiva.

Pero los Grandes Misterios de Eleusis participaron del mismo destino de los otros. Su superioridad primera y su finalidad primitiva las describe Clemente de Alejandría, quien manifiesta que los Grandes Misterios divulgaban los secretos y la forma de construcción del Universo, enseñanza que era el principio, el fin y el objeto último del conocimiento humano. En ellos se mostraba al Iniciado la naturaleza y todas las cosas tal como son en sí. (*Estromata* 8^a). La gnosis pitagórica estribaba en lo mismo: en “el conocimiento de las cosas tal como son en sí”.

Epicteto habla de estas instrucciones encomiásticamente: “Nuestros Maestros son los autores de todo lo establecido en ellas con objeto de instruir a los hombres y de corregir nuestras costumbres” (*apud. Arriam Dissert*, lib. cap. 21). Platón dice lo mismo en *Fedon*, pues, según este filósofo, el objeto de los Misterios consistía en restablecer la pureza primitiva del alma, en volverla al *estado de perfección que había perdido*.

⁵ Cicerón dice en su *De Nat. Deorum* libr. I: “Omito Eleusinem sanctam illam et augustam ubi initiatur gentes ororum ultime”. “Y omito aquella santa y augusta religión eleusina en la que son iniciadas gentes de las tierras más distintas y lejanas”.

CAPÍTULO IX

DECADENCIA DE LOS MISTERIOS

Llegó una época en que los Misterios se desviaron de su pureza, como ocurre con las religiones exotéricas. Esta desviación comenzó a producirse cuando, siguiendo el consejo de Aristigón, el Estado decidió obtener de los Misterios de Eleusis una fecunda y constante fuente de ingresos. A este efecto, se dictó una ley según la cual nadie podría ser iniciado sin pagar cierta suma por este privilegio. De modo que lo que hasta entonces sólo podía lograrse a costa de un esfuerzo constante y casi sobrehumano hacia la virtud y hacia la perfección, pudo adquirirse ya con oro. Una vez aceptada esta profanación, los laicos y los sacerdotes perdieron el respeto antiguo por los Misterios internos, lo cual condujo a la profanación de la ciencia sagrada. El desgarrón hecho en el velo fue haciéndose más grande en cada siglo, y los sublimes hierofantes, temerosos como nunca de que los secretos más sagrados de la naturaleza fueran divulgados y profanados, se esforzaron por eliminarlos del programa *interno*, limitando su conocimiento a un reducidísimo número de elegidos. Estos, que fueron *puestos aparte*, eran los únicos guardianes del divino patrimonio perteneciente a las eras pasadas.

Siete siglos más tarde, escribía Apuleyo en el “Asno de oro”, a pesar de su sincera inclinación por la magia y la mística, una amarga sátira contra la hipocresía y libertinaje de ciertas órdenes de sacerdotes semi-iniciados. También cuenta este autor que en su época (siglo II de nuestra era), los misterios se habían hecho tan comunes que se *iniciaba a todo el mundo*, a personas de todas las condiciones y clases, tanto hombres como mujeres y niños. En aquellos tiempos, la iniciación era tan necesaria como lo es hoy el bautismo para los cristianos: una ceremonia sin significación y de pura fórmula. Algún tiempo después, los fanáticos de la nueva religión descargaron su pesada mano sobre los Misterios.

Los *Epoptai* los “que ven las cosas tal como son”, desaparecieron uno a uno, emigrando a regiones inaccesibles para los cristianos. Los *Mystes* (o velados), “los que ven las cosas tal como parecen ser”, no tardaron en convertirse en los únicos dueños de la situación.

Los primeros, los *puestos aparte*, son quienes han conservado los verdaderos secretos, mientras que los *Mystes*, o sea, los que sólo conocen las cosas superficialmente, son los que colocaron la piedra fundamental de la Francmasonería moderna. De esta fraternidad primitiva de masones, semipaganos, semiconversos, ha nacido el ritual cristiano y la mayoría de los dogmas.

Los *Epoptai* y los *Mystes* reciben, a su vez, el nombre de masones (constructores) porque todos ellos, fieles al juramento prestado a sus Hierofantes o “Reyes” desaparecidos desde hacía mucho tiempo, reconstruyeron *su Templo*; los *Epoptai*, “inferior”, y los *Mystes*, “superior”, pues con estos nombres se designaban irrespetuosamente en ciertas regiones de la antigüedad, así como en nuestros días. Sófocles habla en su *Electra* de los fundamentos de

Atenas –el emplazamiento de los Misterios eleusinos– diciendo que constituyen “el edificio sagrado de los Dioses”; es decir, construido para los Dioses. La iniciación se describía como “un paseo dentro del templo”, y la “purificación” o “*reconstrucción del Templo*” se refería al cuerpo del Iniciado en la última y suprema prueba (véase el Evangelio de San Juan. capítulos XI y XII). La doctrina exotérica se designaba a veces con el nombre de “Templo”, y la religión exotérica popular con el de “ciudad”. *Construir un templo* significaba fundar una escuela esotérica; *construir un templo en la ciudad* era establecer un culto público. Por consiguiente, los verdaderos supervivientes de los Masones son los del Templo *inferior o cripta* que era el lugar sagrado donde se verificaba la iniciación; ellos son los únicos guardianes de los verdaderos secretos masónicos hoy en día perdidos para el mundo.

No tenemos inconveniente en otorgar a la moderna fraternidad de los masones el título de “constructores” del “Templo superior”, si bien es tan ilusoria la superioridad dada a *priori* por el adjetivo como la llama de la zarza mosaica que arde en las Logias de los Templarios.

CAPÍTULO X

SIGNIFICADO DEL DESCENSO A LOS INFIERNOS

La mal comprendida alegoría conocida con el nombre de descenso a los infiernos ha hecho no poco daño. La “Fábula” esotérica de Hércules y Teseo descendiendo a las *regiones infernales*; la del viaje a los Infiernos de Orfeo, quien encontró su camino gracias al poder de su lira (Ovidio, “Metamorfosis”); la de Krishna y, finalmente, la del Cristo que “descendió a los Infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos”, han sido desfigurados por los “adaptadores” profanos de los ritos paganos al transformar los confusamente en ritos y dogmas de la Iglesia.

Desde el punto de vista astronómico, este *descenso a lo infernos* es un símbolo del sol durante el equinoccio de otoño, pues antiguamente se creía que este astro abandonaba las altas regiones siderales, librando un combate con el genio de las tinieblas, quien se adueñaba de lo mejor de nuestra luz. Se creía que el sol sufría entonces una muerte temporal y descendía a las regiones infernales. Pero desde el punto de vista de la mística esta alegoría simboliza los ritos iniciáticos, realizados en las criptas del Templo, que recibían el nombre de “mundo inferior” (Hades). Baco, Heracles, Orfeo, Asclepio y todos los demás visitantes de la cripta descendieron a los infiernos, de donde salieron al tercer día, porque todos eran iniciados y “constructores del Templo inferior”.

Las palabras que dirige Hermes a Prometeo encadenado sobre las áridas rocas del Cáucaso –Prometeo uncido a la ignorancia y devorado por el buitre de las pasiones– se aplicaban a todos los neófitos, a todos los *Chrestos*, durante las pruebas: “No esperes término a tu suplicio antes de que Dios (o un Dios) aparezca, te releve de tus dolores y descienda contigo al sombrío Hades, a la niebla profunda del Tártaro” (Esquilo, *Prometeo*), lo cual significa, sencillamente, que hasta que Prometeo (o el hombre) pueda encontrar al “dios”, o Hierofante (el Iniciador) que consienta en descender con él a las criptas de la Iniciación y lo dirija alrededor del Tártaro, no cesará el siniestro y potente buitre de las pasiones de devorar los órganos vitales⁶.

El iniciado Esquilo no pudo ser más explícito. Pero Aristófanes, menos piadoso o quizás más audaz que Esquilo, divulga este secreto a los hombres que no se ven cegados por

⁶ La región oscura de la cripta en la cual se suponía que el candidato a la iniciación abandonaba para siempre sus malas pasiones y perversos deseos. De esta idea derivan todas las alegorías contenidas en las obras de Homero, Ovidio, Virgilio, etc., tomadas al pie de la letra por nuestros sabios. El Flegeton era el río del Tártaro, en donde el Hierofante sumergía tres veces al iniciado, después de lo cual se daban por terminadas las pruebas. Entonces se consideraba que el hombre había vuelto a nacer; había dejado para siempre en la sombría corriente al antiguo pecador y, cuando al tercer día salía del Tártaro, era sólo *individualidad* porque la *personalidad* había muerto. Cada alegoría, como por ejemplo las de Ixión, Tántalo, Sísifo, etc., es la personificación de una pasión humana.

prejuicios de fuerte raigambre en su inmortal sátira relativa al “descenso de Heracles a los infiernos” (*Las Ranas*). En esa obra se habla del coro de los bienaventurados (los Iniciados), de los Campos Elíseos, de la llegada de Baco (el dios Hierofante) con Heracles, de la recepción con las antorchas encendidas, emblema de la NUEVA VIDA, y de la RESURRECCIÓN desde las tinieblas de la ignorancia humana a la luz del conocimiento espiritual; o sea, a la VIDA ETERNA. Todas las palabras de la brillante y significativa sátira atestiguan la intención secreta del poeta:

Animaos, oh ardientes antorchas..., porque tú, Iaccos, estrella fosforescente del rito nocturno, vienes sacudiéndolas en tu mano...

Las iniciaciones finales se verificaban siempre durante la noche. Por consiguiente, cuando se decía que alguien había descendido a los Infiernos, se quería dar a entender que había llegado a ser un *Iniciado perfecto*. Y si alguien se siente impulsado a rechazar esta interpretación, no hay más que preguntarle si puede explicar el significado de una frase contenida en el libro sexto de la Eneida virgiliana. ¿Qué quiere dar a entender el poeta, sino lo que más arriba hemos explicado cuando, al introducir al venerable Anquises en los Campos Elíseos, le obliga a aconsejar a su hijo Eneo que marche a Italia... en donde tendrá que combatir con el pueblo rudo y bárbaro del Lacio; “pero”, añade él, “no te aventures en tan atrevida empresa hasta que hayas “descendido a los infiernos”; es decir, hasta que se haya iniciado.

Los buenos de los clericales que, en cuanto les provocan un poco nos envían al Tártaro y a las regiones infernales, no se percatan de cuán buenos son sus deseos, ni de cuánta santidad de carácter deberíamos tener para lograr la entrada en un lugar tan sagrado.

Los paganos no fueron los únicos que tuvieron Misterios. Belarmino (*de Eccl. Triump.* lib. II, cap. 14) asegura que los primeros cristianos copiaron la costumbre de los paganos de reunirse en la Iglesia durante las noches precedentes a sus fiestas, para celebrar vigiliadas o “veladas”.

Al principio cumplieron las ceremonias con pureza y edificante santidad; pero no tardaron en deslizarse en sus asambleas tales abusos inmorales, que los obispos juzgaron conveniente abolirlas. Hemos leído docenas de libros en los que se habla de la licencia reinante en las fiestas religiosas de los paganos. Cicerón (*de Leg.* lib. II, capítulo 15) cuenta que Diágonas el Tebano no halló mejor remedio contra semejantes abusos que la supresión de los Misterios. No obstante, cuando comparamos las dos suertes de celebraciones, es decir, los misterios paganos santificados por los siglos y los ágapes cristianos de una religión que, apenas nacida, pretendía ejercer sobre sus conversos tan enorme influencia purificadora, no podemos sino lamentar la ceguera mental de sus defensores y citar esta pregunta de Roscomón:

¿Por qué vuestra finalidad es tan mezquina y baja, cuando comenzáis con tanta pompa y ostentación?

CAPÍTULO XI

EL CRISTIANISMO SE DERIVA DE LA MASONERÍA

Como el cristianismo primitivo era una derivación de la Masonería primitiva, tenía también sus signos, sus palabras de paso y sus grados iniciáticos. “Masonería” es un término antiguo y su empleo no se remonta muy lejos en nuestra era. Pablo se llama a sí mismo “Maestro Constructor”.

Los antiguos Masones recibieron nombres diferentes: la mayor parte de los eclécticos de Alejandría, así como los teósofos de Amonio Saccas y los últimos neoplatónicos eran virtualmente masones. Todos estaban ligados por un juramento al secreto. Todos se creían hermanos y tenían sus signos de reconocimiento. Los eclécticos o filaleteos contaban en sus nutridas filas entre todos los sabios más capaces y más eruditos de la época, a varias testas coronadas. El autor de la *Filosofía Ecléctica* se expresa de la siguiente manera:

“Sus doctrinas fueron adoptadas por los paganos y por los cristianos de Asia y de Europa, y durante algún tiempo la cosa pareció favorable a una fusión general de creencias religiosas. Los emperadores Alejandro, Severo y Juliano abrazaron su doctrina; pero su influencia predominante en las ideas religiosas despertaron los celos de los cristianos de Alejandría; por cuyo motivo la escuela fue trasladada a Atenas, siendo cerrada inmediatamente después por Justiniano. Sus profesores se retiraron a *Persia*⁷ en donde se hicieron numerosos discípulos”.

Hay algunos detalles más bastante interesantes. Ya sabemos que los Misterios de Eleusis sobrevivieron a todos los demás y que, mientras que los cultos secretos de los Dioses menores, como por ejemplo los *Curates*, los *Dactíles*, los adoradores de Adonis, de *Kabiri* y hasta los mismos del antiguo Egipto desaparecían bajo la mano vengadora del implacable Teodosio⁸, los Misterios de Eleusis no pudieron ser suprimidos con tanta facilidad; porque, en realidad, constituían la religión de la Humanidad, y brillaban con todo su antiguo esplendor, aunque no con su primitiva pureza. Entonces fue cuando aparecieron en escena, por primera vez, los “Constructores del Templo Superior o del Templo de la Ciudad”, quienes trabajaron sin reposo con objeto de introducir su dogma y ritual particular en la naciente Iglesia, siempre querellante y combativa. El Triple *Sanctus* de la misa de la Iglesia católica es el S.S.S. de los masones primitivos, el prefijo moderno de sus documentos y de toda “plancha”⁹, que se comienzan con las iniciales de *Salutem* o *Salud*. Un masón ha dicho secamente que:

“Este triple saludo es el más antiguo de los saludos masónicos” (Ragón).

⁷ Y podríamos decir que más lejos aún, es decir, a la India, al Asia Central, ya que encontramos rastros de su influencia en todas las regiones asiáticas.

⁸ El asesino de los tesalónicos, que fueron muertos por orden de este piadoso hijo de la Iglesia.

⁹ “Plancha” término masónico que significa trabajo escrito. N. del T.

CAPÍTULO XII

LA REPRESENTACIÓN DE BACO Y DE CERES

Pero los injertos masónicos hechos en el árbol de las religiones no se limitan tan sólo a esto. Durante los Misterios de Eleusis el vino representaba a BACO, y el pan o trigo¹⁰, a Ceres.

De modo que Ceres o Démeter era el principio productor y femenino de la tierra, la esposa del padre Eter o Zeus; y Baco, el hijo de Zeus–Júpiter, era su padre manifestado. En otras palabras, Ceres y Baco eran personificaciones de la sustancia y del espíritu de los dos principios vivificantes existentes en la naturaleza y en la tierra. Antes de hacer la revelación final de los Misterios, el Hierofante presentaba simbólicamente a los candidatos el vino y el pan, que él comía y bebía para testimoniar que el espíritu tenía que vivificar a la materia; es decir, que la Sabiduría Divina del Yo Superior debía penetrar al Yo interno o alma, tomar posesión de ella, revelarse a sí misma.

La Iglesia cristiana adoptó este rito. El Hierofante que entonces recibía el nombre de “Padre” se ha convertido hoy día –excepto en conocimiento– en el sacerdote “padre” que administra la misma comunión. Jesucristo se llama viña a sí mismo y califica de Viñador al “Padre”. Su parábola de la Última Cena demuestra que conocía perfectamente la significación simbólica del pan y del vino, así como su identificación con los *logoi* de los antiguos. “El que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna...” Y añade: “las palabras (*rhemata* o palabras secretas) que os digo son Espíritu y Vida” y lo son porque “el Espíritu es el que vivifica”. Estas *rhemata* de Jesús son, en verdad, las palabras secretas de *un iniciado*.

Pero entre este noble rito, tan antiguo como el simbolismo, y su última interpretación antropomórfica hoy en día conocida con el nombre de transubstanciación, media un enorme abismo de sofismas eclesiásticos. Cuánta fuerza tiene la exclamación “¡Desgraciados de vosotros, hombres de Ley!” porque *habéis rechazado la clave del conocimiento* (y no permitís

¹⁰ Baco es, Indudablemente, de origen hindú. Pausanias cuenta que Baco fue el primero en conducir una expedición contra la India y colocar un puente sobre el Eufrates. “Aún hoy en día se muestra el cable que servía para unir las dos riberas opuestas, dice un historiador; está tejido con cepas de viña y ramas de hiedra” (XXXIV, 4). Ariano y Quinto Curcio explicaban la alegoría de Baco surgido de la pierna de Zeus, diciendo que había nacido en el Monte Meru. Todos sabemos que Eratóstenes y Estrabón creían que el Baco hindú había sido inventado por los cortesanos de Alejandro con el único objeto de halagar a su soberano, pues éste se complacía pesando que, como Baco, había conquistado la India.

Pero, por un lado, Cicerón dice que este dios era hijo de Tione y de Nisos; Dionisos significa el Dios *Dis*, del monte *Nys* existente en la India.

El Baco coronado de hiedra o *Kissos* no es otro que Krishna, uno de cuyos nombres era *Kissen*. Dionisos era, sobre todo, el Dios que liberaba a las almas de los hombres de su prisión carnal, la cual es el Hades o Tártaro humano en uno de sus sentidos simbólicos. Cicerón llama a Orfeo “un hijo de Baco”, y aquí encontramos una tradición que no sólo representa a Orfeo como venido de la India (se decía que era moreno y de tez atezada), sino que, además, lo identifica con Arjuna, el hijo adoptivo de Krishna. (Véase *Cinco Años de Teosofía*).

tan siquiera que la gnosis sea dada a los demás), a lo cual añadido yo que jamás pudieron aplicarse con mayor propiedad estas palabras que en nuestros días.

Sí; vosotros no “dejáis que la gnosis penetre en vosotros; habéis impedido que la alcancen quienes la deseaban” y seguís impidiéndolo.

Pero este vituperio no recae únicamente sobre los sacerdotes modernos, pues los masones, descendientes o sucesores de los “constructores del Templo superior” existente en tiempos de los Misterios y que deberían tener mejor conocimiento, escarnecen y se burlan de sus hermanos que recuerdan su verdadero origen. Podríamos citar a muchos grandes sabios y cabalistas modernos pertenecientes a la Masonería, cuyos estudios son mirados con verdadera indiferencia por sus hermanos. Es la historia de siempre. Hasta el mismo Ragón, el más erudito de los masones actuales, se lamenta en los siguientes términos:

“Todos los antiguos relatos demuestran que las iniciaciones se realizaban en la antigüedad con un imponente ceremonial que se ha hecho memorable para siempre debido a las grandes verdades que divulgaron y al conocimiento resultante de las mismas. Y a pesar de esto, *algunos masones modernos que pasan por pseudo sabios* califican de charlatán a todo aquel que, por ventura suya, recuerda las antiguas ceremonias y quiere explicárselas”. (*Curso Filosófico*).

CAPÍTULO XIII

LAS LETANÍAS DE LA VIRGEN MARIA

VANITAS VANITATUM: Nada hay nuevo bajo el sol. *Las Letanías de la Virgen Maria* vienen a demostrar la verdad de las palabras de Salomón. El Papa Gregorio I estableció la adoración de la Virgen María, y el Concilio de Calcedonia la proclamó Madre de Dios. El autor de las letanías no teme (quizás por su falta de inteligencia) embellecerlas con títulos y adjetivos paganos, como ahora voy a demostrar.

No hay ni un solo símbolo, ni una sola metáfora en estas famosas Letanías que no pertenezca a una multitud de diosas: todas ellas son Reinas, Vírgenes o Madres. Estos tres títulos se aplican a Isis, Rea, Cibele, Diana, Lucifera, Luciná, Luno, Tellus, Latona, Triformis, Proserpina, Hécate, Juno, Vesta, Ceres, Leucotea, Astarté, la celeste Venus y Urania, Alma Venus, etcétera, etc.

Paralelamente al primitivo significado de la Trinidad (significado esotérico, o sea, Padre, Madre e Hijo), encontramos la Trimurti occidental (Dios de tres caras) que, en el Panteón masónico se representa por medio del “sol, la luna y el Venerable”, trinidad que es una ligera alteración de la constituida por el Norte o fuego germánico, el Sol y la Luna.

Tal vez fue el conocimiento íntimo de esto lo que indujo al Maestro Ragón a escribir la siguiente profesión de fe:

“Tengo para mí que el Hijo es idéntico a Horus, el hijo de Osiris y de Isis; es decir, el Sol que salva todos los años al mundo de la esterilidad y a todas las razas de la muerte universal”.

Y luego, continúa hablando de él, de las letanías de la Virgen María, de los templos, fiestas, misas y servicios de la Iglesia, peregrinaciones, oratorios Jacobinos, franciscanos, vestales, prodigios, *ex-votos*, nichos, estatuas, etc.

El famoso hebraísta De Malville, traductor de la literatura rabínica, observa que los judíos dan a la luna todos los nombres que se encuentran en las *Letanías*, los cuales son utilizados para glorificar a la Virgen. Este autor encuentra en las Letanías de Jesús todos los atributos de Osiris –el sol eterno– y de Horus –el sol anual.

Y lo demuestra así:

Mater Christi es la madre del “Redentor” de los antiguos masones, o sea del *Sol*. Los *hoi polloi* egipcios pretendían que el Niño, o símbolo de la gran estrella central (Horus), era el Sol de Osiris e Isis, cuyas almas habían pasado a animar después de la muerte al Sol y a la Luna. Los fenicios dieron a Isis el nombre de Astarté, nombre con el que adoraban a la Luna, a la cual personificaban como una mujer adornada con cuernos que simbolizaban el cuarto creciente lunar.

Cuando en el equinoccio de otoño el esposo de Astarté (el Sol) era vencido por el Príncipe de las Tinieblas y descendía a los infiernos, los fenicios representaban a la diosa llorando por la pérdida del esposo que era, al mismo tiempo, su hijo, como llorara también Isis por la de su esposo, hermano e hijo (Osiris–Horus). Astarté sostiene en la mano una varita cruciforme, una cruz regular, y pisa llorosa el cuarto creciente lunar. La Virgen María suele ser representada en la misma actitud: de pie sobre la luna nueva, rodeada de estrellas y llorando a su hijo: *Justa crucen lacrymosa dum pendebat fitius* (véase *Stabat Mater Dolorosa*). ¿No es acaso la Virgen la sucesora de Isis y de Astarté?, se pregunta el autor.

Basta escuchar las *Letanías de la Virgen* recitadas en la Iglesia católico–romana para percatarse de que no se hace otra cosa que repetir los encantamientos dirigidos a la diosa Adonaia (Venus), la cual fue madre de Adonis, el dios solar de tantas naciones; a Milita (la Venus asiria), diosa de la naturaleza; a Alilat, simbolizada por los árabes con dos cuernos lunares; a Selene, mujer y hermana de Helios, el sol dios de los griegos; o a la *Magna Mater... honestissima, purissima, castissima* Madre Universal de todos los seres, porque es la MADRE NATURALEZA.

Maria es, indudablemente, la *Isis Miriónimos*, la diosa madre de los diez mil nombres. Y así como el sol, que era Febo en los cielos, se convertía en Apolo en la tierra y en Plutón en las regiones inferiores (después de ponerse el sol), así también la Luna, que era Feba en los cielos y Diana en la tierra (Gaya, Latona, Ceres), se transformaba en Hécate y Proserpina al llegar al Hades. Y ¿cómo nos ha de extrañar que María sea llamada *regina virginum*, “Reina de las vírgenes” y *Castissima*, si hasta las oraciones que se le ofrecen a la sexta hora de la mañana y de la tarde están copiadas de las que cantaban los gentiles (paganos) a *las mismas* horas en honor de Feba y de Hécate? Sabido es que el verso “*Stella Matutina*” de las *Letanías de la Virgen* es una copia fiel del que se encuentra en las Letanías de las Triformis paganas.

El Concilio condenó a Nestorio por haber sido el que, por primera vez, dio a María el nombre de “Madre de Dios”, *Mater Dei*.

Más adelante diremos algo acerca de estas famosas letanías de la Virgen y demostraremos a satisfacción cuál es su origen. Tomaremos nuestras pruebas de los clásicos y modernos a medida que avancemos, y completaremos la cuestión con los Anales de las Religiones existentes en la doctrina esotérica. Pero, mientras tanto, podemos añadir algunas ideas y dar la etimología de los términos más sagrados del ritual eclesiástico.

CAPÍTULO XIV

LOS CONSTRUCTORES DEL TEMPLO SUPERIOR

Prestemos unos momentos de atención Asambleas “Constructores del Templo Superior” existentes en los primeros tiempos del cristianismo. Ragón ha demostrado plenamente el origen de los términos siguientes:

a) La palabra “Misa” se deriva de la latina *Messis* (*cosecha, la siega, las mieses y frutos recogidos*), de la cual viene la palabra *Mesías*, el que hace las cosechas y mieses, o sea, el “Cristo–Sol”.

b) La voz “logia” utilizada por los masones, endebles sucesores de los Iniciados, tiene por raíz a *loga* (*loka* en sánscrito), que significa una localidad y un mundo, y a la palabra griega *logos*, el Verbo, el discurso, cuyo significado total es un lugar en el que se discuten ciertas cosas.

c) Las reuniones de los *logos* de los *masones primitivos* terminaron por recibir el nombre de *synaxis*, “asambleas” de Hermanos, cuyo objeto consistía en orar y celebrar la Cena, y donde únicamente se utilizaban ofrendas no manchadas de sangre, como frutos y cereales. Poco después, estas ofrendas recibieron la denominación de *hostiaem* u hostias puras y sagradas, por contraste con los sacrificios impuros (como los prisioneros de guerra, *hostes* o rehenes) y porque las ofrendas consistían en frutos de la cosecha, las primicias de las *messis*. Y ya que no hay ningún padre de la Iglesia que mencione, como lo habrían hecho ciertos sabios, que la palabra “misa” viene de la hebrea *Missah* (*oblatum, oblación, ofrenda*), esta explicación es tan buena como la otra. (Léase la investigación relativa a *Missah* y *Mizda* expuesta en *Los Gnósticos*, de King.)

Ahora bien, la palabra *synaxis* tenía entre los griegos su equivalente en la voz *agyrmos* (reunión de hombres, asamblea), la cual estaba relacionada con la iniciación en los Misterios. Las dos palabras, *synaxis* y *agyrmos*¹¹ cayeron en desuso, conservándose en cambio el término *missa*.

Los teólogos, deséosos de velar por la etimología del término “Mesías” (*Messiah*) dirán que se deriva de la palabra latina *Missus* (mensajero, el Enviado); pero en tal caso, también podría aplicarse esta palabra al Sol, que es el mensajero anual, enviado para aportar una nueva vida a la tierra y a su producción. La palabra hebrea Mesías, o *Masiah* (el ungido, de *mashak* ungir), difícilmente podría aplicarse en el sentido eclesiástico, ni justificarse su empleo como auténtico, como tampoco puede defenderse que la palabra latina *Missah* (misa) se derive de la voz latina *mittere, missum* “enviar”. Y como el servicio de la comunión, corazón y alma de la misa, se basa en la consagración y oblación de la *hostia* (sacrificio), la cual consiste en un pan

¹¹Hesiquío da el nombre de *agyrmos* al primer día de la iniciación en los Misterios de Ceres, diosa de las mieses, y habla también de él bajo el nombre de *synaxis*. Antes de que los cristianos aceptaran las palabras misa denominaron a esta ceremonia y a la celebración de sus misterios *synaxis*, palabra compuesta de *sun* (con) y *ago* (yo conduzco), de donde viene la voz griega *synaxis* o asamblea.

ácimo (pan delgado como una hoja) que representa el cuerpo de Cristo en la Eucaristía, ese pan de flor de harina es un desarrollo directo de la cosecha u ofrenda de cereales.

Además, las misas primitivas no eran sino cenas o sencillas comidas de los romanos en donde “ellos hacían abluciones”, eran ungidos y llevaban un vestido *senatory*. Estas misas fueron consagradas con el tiempo a la memoria de la última cena del Cristo.

Los judíos conversos se reunían en tiempo de los apóstoles en sus *synaxis* para leer los evangelios y la correspondencia (epístolas). San Justino dice en el año 150 de nuestra era que estas solemnes asambleas se celebraban el día llamado “*sun* (el día del Señor; y en latín, *dies magnus*). En esos días se cantaban salmos, y se hacía la “colación” del bautismo con agua pura, y el ágape de la Santa Cena con “agua y vino”. ¿Qué tiene, pues, que ver esta híbrida combinación de comidas romanas y paganas erigida en misterio sacro por los inventores de los dogmas eclesiásticos, con el *Messiah* hebreo “el que debe descender al abismo” (o Hades), o con *Messias* (que es su traducción griega)? Nork ha demostrado que Jesús *nunca fue ungido como Gran Sacerdote, ni como rey* y por esta razón, su nombre de *Mesías* no puede derivarse de la palabra hebrea equivalente, mucho menos cuando la voz “ungido” o “frotado con óleo”, término homérico, es *Chis y Chrio*, cuyas dos palabras significan *ungir el cuerpo con aceite*¹².

Las siguientes frases debidas a un masón de grado elevado, el autor de la *Source des Mesures*, resuelven este embrollo secular en unas cuantas líneas: “el hecho es” –dice él –”que existen *dos mesias: uno de ellos* que desciende por propia voluntad al abismo con objeto de salvar al mundo¹³ es el sol *despojados de sus dorados rayos y coronado* con rayos, negros como espinas (con lo que se quiere simbolizar su pérdida); *el otro, es el Mesias* triunfante que ha llegado a la cima *del arco celeste y se personifica por el León de la Tribu de Judá*. En los dos casos, el Mesias tiene una cruz...”

Cuando se celebraban las *Ambarvales*, fiestas dadas en honor de Ceres, el *Arval* o ayudante del Gran Sacerdote, vestido con un traje de inmaculada blancura, colocaba sobre la *Hostia* (o sea, sobre las ofrendas del sacrificio) un pastel de trigo, agua y vino; catava el vino de las libaciones y lo daba a probar a los demás. Entonces, el Gran Sacerdote elevaba la *oblación* (u *ofrenda*), la cual simbolizaba los tres reinos de la naturaleza: el pastel de trigo (el reino vegetal), el vaso del sacrificio o cáliz (el reino mineral) y el *pall* (la banda) del Hierofante, cuya extremidad descansaba sobre la copa que contenía el vino de la oblación. Esta banda se fabricaba con lana pura y blanca de vellorino de cordero.

Los sacerdotes modernos repiten los actos del culto pagano, gesto por gesto. Ellos elevan y ofrecen el pan para la consagración, bendicen el agua que ha de verterse en el cáliz, echan encima el vino, inciensan el altar, etc. etc. y cuando vuelven al altar, se lavan los dedos diciendo: “Yo me lavaré las manos entre los Justos y daré la vuelta a tu altar”. Y hacen esto porque el sacerdote pagano obraba de la misma manera diciendo: “Me lavo las manos (con agua lustral) entre los Justos (los hermanos completamente iniciados) y doy la vuelta a tu altar, ¡oh, Gran Diosa (Ceres)!”

¹² Véase el *Lucifer* de 1887: “*The Esoteric Meaning of the Gospels*”, o sea, “El Significado Esotérico de los Evangelios”.

¹³ Desde tiempo inmemorial, tanto en la antigüedad como en nuestros días, todo iniciado pronuncia antes de entrar en la prueba suprema de las iniciaciones las siguientes palabras sacramentales: “y juro dar mi vida por la salvación de mis hermanos que constituyen el conjunto de la humanidad, si semejante cosa se me pidiera, así como morir en defensa de la Verdad...”

El Gran Sacerdote daba vueltas alrededor del altar, llevando las ofrendas y elevando por encima de su cabeza el cáliz cubierto con la extremidad de su faja fabricada con lana de cordero, blanca como la nieve...

La vestidura consagrada, llevada por el papa, *el pallium tiene forma de faja y banda y se fabrica con lana blanca bordada con cruces de color de púrpura*. Los sacerdotes de la Iglesia griega tapan el cáliz con la extremidad de la banda que llevan puesta sobre los hombros.

Los Grandes Sacerdotes de la antigüedad repetían tres veces durante el servicio divino su “*O Redemptor Mundi*”, en honor de Apolo, el Sol; su “*Mater Salvatoris*” en honor de Ceres, la Tierra; su “*Virgo Paritura*” en el de la diosa Virgen, etc., y pronunciaba siete conmemoraciones ternarias (¡oh, masones, prestad atención!) El número ternario, tan reverenciado en la antigüedad como en nuestros días, se pronuncia siete veces durante la Misa; es decir, que se dicen tres *Introibo*, tres *Kyrie Eleison*, tres *Dominus vobiscum*, cuyas series parecen verdaderas series masónicas. Y si añadimos a las mismas los tres *et cum spiritu tuo*, completaremos las siete *conmemoraciones triples* de la misa cristiana.

Paganismo, Masonería y Teología, tal es la trinidad histórica que gobierna al mundo *sub rosa*.

Y podemos terminar este estudio con un saludo masónico, diciendo: “Ilustre dignatario de Hiram Abif, Iniciado e “Hijo de la Viuda”, el reino de las tinieblas desaparece rápidamente; pero todavía existen regiones que los sabios no han explorado y que son tan sombrías como la noche de Egipto”. “*Fratres sobrii estote et Vigilate*”.